

LECCION DE RETORICA

CUANDO la expresión «Con Franco vivíamos mejor» deja de ser un sentimiento íntimo, ampliamente compartido, para convertirse en clamor popular que expresa el descontento con esas palabras o con otras equivalentes, sale Eduardo Alvarez Puga a la palestra de «Pueblo» y dice que no, que es un endeble argumento esgrimir la estadística de obras y realizaciones logradas por la «pasada dictadura», ya que, en cualquier caso, «la democracia no necesita demostrar su eficacia —entendida como niveles de productividad, incremento de exportaciones, ingresos por turismo...— para defenderse de sus enemigos».

Para defenderse de sus víctimas, hubiera sido más oportuno decir, pues, que el millón de parados que hoy cuenta España no son «enemigos» de esa democracia, que tantas promesas les hizo por televisión a la hora de sacarles el voto, sino las víctimas del desprecio olímpico que por la eficacia, las obras, la productividad, las exportaciones, el turismo, el trabajo y el pan nuestro de cada día demuestra nueva democracia que ha llegado para librarnos del bienestar de la «pasada dictadura». Al igual que el marxismo acusó a la religión de convertirse en opio del pueblo, por pretender que los trabajadores aguantaran la explotación que padecían, a cambio de la promesa de una vida celestial, los levitas de la nueva democracia nos quieren drogar a los españoles, asegurándonos que no importa que cada día vivamos peor (si es que se puede llamar vivir a la forma en que muchos lo hacen) mientras gocemos de una democracia partidista, dirigida por unos señores que pactan en privado y por un

Parlamento que dice sí a todo lo que le echan. La argumentación es ingeniosa, pero reconocerá Alvarez Puga que con ella no se come.

Sin embargo, está tan convencido de las virtudes del sistema político que disfruta (que disfruta él, según parece, porque los demás estamos más bien soportándolo) que asegura que la democracia (la de la Moncloa, suponemos) «es el único sistema político que por encima de las proclamaciones retóricas tiene al hombre como eje y centro de su actuación», lo que no es floja proclamación retórica, mientras no vaya acompañada de realizaciones que la hagan operativa.

A continuación, Alvarez Puga, en su antirretórica defensa de la democracia, aporta unos argumentos que, numerados y resumidos, son los siguientes:

1. La ventaja de la democracia no se calibra sólo por su eficacia, sino por la medida en que está al servicio de la realización del hombre. Lo dice Peter Rachbrach.

2. Otro factor positivo es la participación activa en la política. Lo dice J. S. Mill.

3. Incluso para la actividad laboral es imprescindible una organización democrática. Lo dice Erich Fromm.

4. Por último, «las ventajas de la fecundidad creadora de la democracia sobre el bloque de las facultades del hombre por las dictaduras son evidentes». Lo dice Alvarez Puga de su propia cosecha, que como se ve, no es manca.

Lo malo de tan docta argumentación es que deja intacta una realidad: con Franco vivíamos mejor. Lo demás es retórica.